

Cuba contemporánea:
Revista mensual

Carlos de Velasco

01/04/1925

NUESTRO ARTE Y LAS CIRCUNSTANCIAS NACIONALES

(DISCURSO DE APERTURA DEL SALÓN ANUAL DE BELLAS ARTES, PRONUNCIADO POR JUAN MARINELLO VIDAURRETA LA NOCHE DEL 18 DE FEBRERO DE 1925.)

Sr. Presidente de la Asociación de Pintores y Escultores; señoras y señores:



EN medio de una sociedad preocupada casi exclusivamente en la consecución de medios con que satisfacer necesidades de orden material, y bajo unos poderes públicos que le escatiman de continuo su cooperación y su apoyo, renueva esta noche la Asociación de Pintores y Escultores su máximo esfuerzo anual, ofreciendo a la ciudad, alegre y confiada, con el ejemplo admirable de su persistencia, la producción de nuestros artistas heroicos.

Día tras día, sin desmayos y sin treguas, viene este grupo de hombres denodados que dirige la recia voluntad y el entusiasmo inquebrantable de Federico Edelmann, realizando una obra de transcendencia social insospechada. Si alguien, llevado por esa natural inclinación nuestra a dudar de la efectividad de todo esfuerzo cubano, lo dudase, bastaría que se detuviese un punto a considerar desapasionadamente, el progreso de nuestras artes plásticas en los últimos diez años. Después de convencerse cumplidamente del extraordinario paso de avance, debe convenir con nosotros que la brega, para obtener tan risueños resultados, ha de haber sido, en verdad, durísima.

Y es que parece, señores, que por distintas causas, hemos estado condenados, en todos los momentos de nuestra evolución histórica, a hacer difícil y precaria la vida del arte.

No pudo esperarse el florecimiento de superiores disciplinas en las almas de quienes vinieron a las tierras nuevas de América, a pasear sus gallardas desaprensiones, con igual desenfado que lo hubieran hecho por las páginas del *Lazarillo* o de Alfarache. Durante los primeros tiempos de la colonia, el ruido del trapiche y el lamento del esclavo, acallaron, en una aristocracia, por lo común frívola e inculta, toda ansia redentora de superior belleza.

Alejada nuestra tierra, en su condición subalterna de factoría, de todo espiritual comercio con su Metrópoli; imposibilitada, por la fuerza dura de la ley, de todo contacto con las otras naciones de Europa, fué preciso el esfuerzo de tres espíritus gigantes, actuando desde las altas esferas, para que dejara de ser nuestro arte pictórico—ya entrado el siglo diez y nueve—algo más que la fría reproducción de los rostros de los Capitanes Generales y el relativo enriquecimiento de nuestras iglesias, con escenas sagradas sin originalidad y sin brillo.

Realizada en lo posible la dignidad del arte, fundada ya la Academia de San Alejandro, cuando comenzaba este centro de cultura a dar sus primeros frutos en sazón, cuando las enseñanzas magistrales de los extranjeros que lo dirigieron en sus primeros años, iba a cuajar en el discípulo criollo, apuntaban ya los primeros síntomas de rebeldía política.

No había de ser propicio el largo período de luchas por nuestra independencia, para menesteres necesitados de tanto sosiego como los del arte; ni los gobiernos españoles, que frente a excepciones tan dignas del más alto respeto como la de Las Casas y la del Príncipe de Anglona, ofrecen el ejemplo de la más total despreocupación por las obras de cultura, podían dar, a nuestro progreso estético, en medio de los desasosiegos de una guerra jamás vencida en su espíritu, el calor oficial de que ha estado tan falto en todo tiempo.

Terminada la contienda libertadora, pudo pensarse que una vía de claridades comenzaba para el arte cubano. Confesemos con

dolor y con sinceridad, que no fué así. Y no creáis, por mi vinculación a actividades muy distintas a la presente, que me disponga a iniciar una serie de terribles ataques contra nuestros gobernantes republicanos. Ciertamente, que a ellos toca gran parte de la culpa, pero, en justicia, no la parte principal. Verdad, que la Escuela de Pintura y Escultura—único centro de instrucción artística—no se diferencia notablemente, en cuanto a sus medios, de la humilde Academia de San Alejandro, fundada por la acometividad mil veces plausible de Juan Bautista Vermay. Ciertamente que nuestro Congreso no se ha dispuesto a atacar en ningún momento, con amplia visión, los múltiples problemas que tiene planteado entre nosotros el aprendizaje pictórico de nuestros jóvenes artistas. Verdad amarga también, que el apoyo oficial franca y generosamente dispensado, no ha existido nunca.

Pero, si analizamos con serenidad el problema, advertiremos que más que a falta de apoyo en los que pueden, reside la gran dificultad de nuestro éxito artístico, en circunstancias de que nadie particularmente es responsable, y que a todos, por igual nos importa combatir. No debemos olvidar, cuando nos dispongamos a analizar cuestiones de esta índole, que, si como pueblo industrial, no somos, como se empeñan en propagar observadores inconsultos, un pueblo nuevo, como pueblo de arte, apenas si aspiramos a serlo hace cincuenta años. Y esta desdichada condición, si no se olvida que no hemos dejado de ser para el mundo, fundamentalmente, un agregado productor de azúcar, hace que estemos muy lejos de poseer, *in extenso*, un ambiente propicio a la producción artística.

Añadamos a todo esto, el contacto con una nación poderosísima, que se ha relacionado con nuestro pueblo, no por el ansia de superiores horizontes, que parece poseer hoy a sus clases directoras, ni por su ambiente abierto y franco a las más diversas tendencias estéticas, ni por la largueza, casi inconcebible, con que premia a los triunfadores del color y de la forma, sino por la base dura y egoísta, en que estas favorables circunstancias tienen su natural sustentáculo.

Ponderad todos estos factores, y decidme luego, si estamos

muy lejos del héroe simbólico del poema de Vigny, de aquel Chatterton, artista hasta en su final lamentable, muerto del choque con la burguesía incomprensiva, y que evocó ante vosotros, desde este mismo lugar, hace dos años, el fino talento de Jorge Mañach.

En circunstancias tan contrarias, los hechos parecen querer hacer buena, una vez más, la afirmación de nuestro ilustre Bustamante: "que en nuestra vida intelectual, crecen las plantas precoces y robustas fuera de sus condiciones climatológicas normales y los frutos maduran fuera de las estaciones en que naturalmente debieran producirse". Así, se suceden en este local y fuera de él, numerosas exposiciones y se discuten en nuestros periódicos y revistas, con apasionamientos, que es en nuestro país el índice único del entusiasmo, los más diversos temas estéticos. Quien nos contemple a distancia, quien advierta desde lejos por nuestra prensa, que es La Habana una de las ciudades hispano-americanas que más acontecimientos artísticos ofrece a la pública curiosidad, ha de pensar por fuerza, que es muy alta entre nosotros la consideración del artista, que abunda el mecenato de los hacendados opulentos y que un gobierno culto y previsor estimula, con subvenciones generosas y con premios subidísimos, tan dignificados esfuerzos.

Como es el nuestro país de viceversas, no ha sido el ambiente el que ha fomentado la producción, sino que ésta, con heroica constancia, está llamada a constituir el ambiente. Vuestro programa para el porvenir, pues, está trazado, en cuanto a sus líneas fundamentales, por la realidad misma: labor ininterrumpida hasta la obtención de un ambiente adecuado. Pero, en lo particular, yo me atrevo a insinuaros dos modalidades de actuación que debéis iniciar enérgicamente para bien de todos y que han de acercaros de modo notable al triunfo definitivo: el apoyo a una crítica serena y el fomento de un arte verdaderamente nacional.

Cuando toda la labor pública de la Asociación de Pintores y Escultores quedaba limitada a aquellos salones anuales de la calle de Cuba, que ya empezamos a recordar con nostalgia, no era im-

prescindible la crítica, porque apenas si había sobre qué ejercerla. Pero, cuando en un término de tiempo relativamente breve, exponen Loy y Mantilla, Abela y Merlín, Bernardo y Ramos, entre otros igualmente valiosos, es una necesidad la fijación de valores, no con el fin de herir susceptibilidades, ni con el objeto de establecer distingos mortificantes, sino al solo propósito de informar la opinión de los amantes de la belleza, para que éstos puedan, en el ambiente ya propicio, imprimir una acertada orientación.

Labor difícil y sin duda delicadísima, es la de contribuir a la constitución de un arte nacional. Cada vez que se trae a consideración tan interesante asunto, nos salen al paso dos interrogaciones eternas: ¿puede pensarse seriamente en que llegue a existir un arte nacional? ¿qué debe entenderse por arte nuestro? En cuanto a la primera cuestión, no falta quien sostenga, que preocuparse por la existencia de un arte vernáculo es cosa baldía. En literatura—se argumenta—no acusa nuestra rica producción caracteres privativamente criollos y cuando se quiere crearlos artificialmente, se cae en el siboneyismo ridículo de Fornaris. Llevar este criterio a las artes plásticas es un grave error. Admitamos, aunque ello sea discutible, que el ambiente que ha de vivir en la prosa y en el verso no sea esencialmente distinto del que respiraron nuestros progenitores europeos, no sucede así respecto al espectáculo físico que toca al pintor reproducir e interpretar. Nuestras escenas campesinas, si no tan interesantes como las que se producen bajo otros cielos, pero donde la diversidad de razas pone un elemento riquísimo, pueden ser inteligentemente explotadas por un pincel experto, y nuestro paisaje, a pesar de su aparente monotonía—y de ello se ha dado en los últimos tiempos prueba gallardísima—puede despertar el interés de las paletas doctas.

Y, dada la posibilidad de un arte cubano, ¿qué medios existen para llegar a realizarlo? Vuestro Mañach, en un estudio en verdad brillante sobre el proceso histórico de nuestra pintura, abogaba, ha poco, por un cubanismo temático: llevar a la tela nuestras cosas con visión moderna, amplia, comprensiva. No creo

desacertada esa opinión, pero sí insuficiente. Estimo que la cubanización de nuestro arte ha de realizarse mediante un doble proceso de integración: ir a lo vernáculo con ojos extranjeros y a lo extraño con ojos cubanos. Es decir, que toda manera de hacer exótica, puede y debe emplearse en nuestras modalidades típicas, lo cual constituye un vehículo poderoso para la universalización de nuestros temas. ¿No se ha hecho esto ya, con resultados interesantísimos?

Siempre quedaría por realizar, la otra fase del proceso, sin duda la más larga y difícil: hacer ojos cubanos para con ellos interpretar lo propio y lo extraño. Yo no sé, señores, que se haya estudiado, con referencia a nuestro medio, la influencia del ambiente sobre la manera de ver de nuestros pintores. Quizás si la experiencia diera hasta hoy resultados poco apreciables, ya que la personalidad de nuestros más valiosos artistas se ha hecho en ambientes europeos, pero es innegable que la influencia existe y que ha de llegar a ser muy poderosa. Un pensador español, donoso y original como pocos, estudiando esta labor del medio sobre la visión pictórica, hace notar cómo en Velázquez, persiste el andaluz, aunque la atmósfera de Castilla y el influjo del Greco, austericen en cierta medida, la natural exuberancia y cómo, proclamando durante toda su vida el Maestro sevillano, que la suprema realización del arte humano era *La Perla* de Rafael, se mantiene, no obstante a notable distancia del dechado. Si Velázquez hubiera nacido en la España de hoy—dice el escritor referido—ya lo hubiéramos enviado pensionado a Italia, aunque apenas comenzara a dibujar, y nos volvería pintando Perlas y lo que es peor Perlas... falsas.

No creáis que está en mi intención, abogar porque nuestros pintores rindan su labor exclusivamente en nuestro medio. En modo alguno. Velázquez nació entre una tradición artística riquísima y en un ambiente ya constituido. Le bastó aplicar su genio a las circunstancias que lo rodeaban para crear su obra inmortal. Nuestras Meninas y nuestras Perlas, están por hacerse. A la sombra de los Maestros eternos han de crecer nuestros pintores del mañana, pero con el propósito firme, decidido, de aplicar

la maestría, una vez obtenida, en la pintura de nuestras cosas. Sólo un esfuerzo perenne en este sentido, puede dar como resultado un arte que sea, según la expresión feliz, la síntesis espiritual del país que lo produce.

Pero, es inútil esperar esta "larga paciencia" de parte de nuestros artistas, mientras las circunstancias sean las actuales. Se hace imprescindible que a la empeñada labor privada se una una intensa acción oficial: la creación de nuevos centros artísticos a lo largo del territorio nacional, la institución de premios considerables para los mejores cuadros cubanos, el hacer asequibles a nuestros privilegiados los parajes de más alta belleza, la adopción de un plan de enseñanza artística que vaya dirigido a nuestros verdaderos intereses, la iniciación en fin, de lo que yo llamaría, quizás sin mucha impropiedad, una alta política artística.

Ahora, que un cambio de poderes va a verificarse en medio de la general expectación y de la común esperanza, debemos recordar, a los que nunca debieron olvidarlo, que mientras Cuba no ofrezca al mundo, a falta de un imposible poder material, una significación cultural original y fuerte, no será libre sino a medias. Y ninguna disciplina como la del arte para realizar esa, nuestra total liberación.

Recuerde continuamente la Asociación de Pintores y Escultores a los que pronto van a ser nuestros mandatarios, que el más ilustre de los gobernantes coloniales, Las Casas, con la ayuda de dos ciudadanos insignes, echó a andar, hace un siglo, una pintura aun balbuciente. Ojalá recaben para sí nuestros gobernantes de mañana, la hora altísima de hacer cubano un arte que ha luchado perennemente por florecer en suelo estéril. Si lo hicieren, serán los vencedores de la más grande batalla que se haya librado por nuestra verdadera libertad.